



Desde

8

años

PLANETA

AZUL

BABUR, EL GIGANTE POETA

BLANCA ÁLVAREZ

ILUSTRACIONES DE SILVIA ORTEGA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Silvia Ortega

Ilustración de cubierta: Silvia Ortega

© 2012, Blanca Álvarez

© 2012, Silvia Ortega

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3082-9

ISBN 10: 958-42-3082-4

Primera impresión: enero de 2013

Segunda impresión: agosto de 2013

Tercera impresión: enero de 2014

Cuarta impresión: diciembre de 2014

Quinta impresión: marzo de 2015

Sexta impresión: enero de 2017

Séptima impresión: diciembre de 2017

Octava impresión: febrero de 2018

Novena impresión: agosto de 2019

Décima impresión: enero 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

BLANCA ÁLVAREZ (biografía)

Nació en Cartavio, Coaña. Hija, nieta y biznieta de gentes de mar, no pudo ser ni capitán de barco ni pirata, así que terminó ejerciendo profesiones tan diversas como profesora o periodista. Comenzó siendo poeta, con premio incluido, fue biógrafa de Corín Tellado, autora de novelas negras y relatos eróticos. Desde hace años escribe para niños y jóvenes. Ha ganado premios como el Ala Delta, el Apelles Mestres, el Internacional de poesía Cálamo y el de la Crítica asturiana, y fue seleccionada en el *White Ravens* de Bolonia.

SILVIA ORTEGA (biografía)

Nacida en Barcelona, desde pequeña ya sabía que quería ser dibujante. Su primera oportunidad le llegó desde el mundo de la animación, y se ha pasado la última década combinando producciones de dibujos animados con la ilustración de libros infantiles.

Él era el último gigante.

Vivía solo en su enorme caserón, en el extremo del pueblo, donde los gigantes habían vivido siempre. Antes, en los viejos tiempos de las abuelas, la familia de nuestro gigante era numerosa y divertida. A todos ellos les encantaba cocinar y ninguna mermelada en el mundo podía compararse con las de manzana y cereza que, todos los inviernos, preparaban en



unas cazuelas del tamaño de una casa. El olor se extendía a lo largo de kilómetros y lograba despertar a los osos de su larga siesta invernal.

Pero hace muchos muchos años que los gigantes no elaboran mermeladas de manzana y cereza. Por eso los osos no se despiertan y, a veces, los niños no quieren desayunar.

Hace muchos muchos años que se fueron a lugares remotos donde no tienen que pelearse con quienes pretendían convertirlos en familias serias, normales, aburridas y nada glotonas.

—No está bien comer tanta mermelada —decían sus vecinos humanos—. No es buena para la salud.

—Tampoco debe de ser bueno andar siempre de fiesta —añadían los más sensatos.

Sin embargo, los gigantes no comprendían aquella manía de sus vecinos por estar del-

gaditos, ¡con lo que les gustaban a ellos los michelines alrededor de su cintura! Tampoco entendían por qué la vida no podía ser una romería sin principio ni final.

Y se fueron.

Con sus recetas de mermelada y su fiesta.

Todos menos uno.

—Yo quiero ir a la escuela y aprender a escribir...

—Pero ¿para qué? —le preguntaba asombrada mamá giganta—. Ninguno de los nuestros ha sabido nunca de letras y hemos sido muy felices.

—Quiero escribir...

El mayor deseo de los gigantes es que sus hijos sean felices, y a nuestro gigante tan sólo parecía hacerlo dichoso la posibilidad de ir a la escuela y aprender a escribir.

Así que le permitieron quedarse.

—¡Cuida de los cerezos! —le pidió mamá gigante.

No quiso seguirlos y se quedó solo en la enorme casa de su familia. Sintió una punzada de pena en su inmenso pecho, pero su deseo hacia las letras era más fuerte que todo.

Sus padres, sus hermanos, sus primos, sus tíos, sus abuelos... pensaron que estaba un poco loco.

—¡Ya se le pasará! —dijo su padre—. Entonces nos seguirá y volveremos a estar todos juntos.

—¡Ay, mi pequeñín! —gimoteaba su madre.

Él los despidió deseándoles un viaje divertido mientras se imaginaba los maravillosos días que lo esperaban en la escuela del pueblo.



Era más alto que un roble milenario y tenía un corazón tan grande como una bañera; un corazón gigantesco y tierno.

Y quería aprender a escribir.

—¡Imposible! —exclamó la señorita Adelaida frunciendo la nariz—. Me destrozarías la escuela...

Babur, que así se llamaba nuestro gigante, se miró las manos: la señorita Adelaida podría sentarse en una de ellas.

—Tendré mucho cuidado —aseguró.

—¡Ni hablar!

Babur observó sus zapatos: ciertamente, podrían servir de barca para que la maestra cruzara el río.

—Entonces, ¿podría venir a mi casa y enseñarme las letras?



La señorita Adelaida lo miró como si, en lugar de un tierno gigante, fuera un loco peligroso.

—¿Y dónde crees que encontraríamos un lápiz tan grande como tu mano?

Babur volvió a mirarse las manos. Con una de ellas podría levantar a la profesora y colgarla de la rama más alta del manzano más alto del pueblo.

La señorita Adelaida se ajustó las gafas, se dio la vuelta y se alejó protestando:

—¡Lápices gigantes, cuadernos gigantes, pupitres gigantes...!

No insistió más. Se había quedado solo, había renunciado a seguir a su bulliciosa familia para poder ir a la escuela y, finalmente, la señorita Adelaida le había negado que asistiera a sus clases.

Se sintió tan decepcionado que ni siquiera encontró fuerzas para unirse a su familia.

Babur era el último gigante del pueblo. El último gigante de la comarca. Y se sentía como si fuera el último gigante del mundo.

—Demasiado grandes para los lápices... —murmuraba contemplándose las manos.

Pero con los dedos sí podía dibujar en el barro, bajo los cerezos. Así que Babur intentó consolarse al descubrir que su dedo índice podía utilizarse como lápiz.



Desde el otro lado del jardín, saltando el muro que lo rodeaba, le llegaba el coro de voces de los niños de la escuela:

—Buenos días, señorita Adelaida.

—Buenos días, niños —contestaba ella.

—Buenos días —repetía Babur imaginando que él también se sentaba en uno de los pupitres.

A veces, los sueños tienen sabor a chocolate o a mermelada de cereza, por eso, todas las mañanas, el último gigante de la comarca paladeaba los saludos de los niños de la escuela, cerraba los ojos y se instalaba como uno más frente a las gafas de la señorita Adelaida.

Dos por uno, dos.

Dos por dos, cuatro.

Dos por tres, seis...

Y los enormes dedos del gigante intentaban seguir las cuentas de la tabla de multiplicar.

Babur, el último gigante, se ponía muy triste cuando oía las risas de los niños camino de la escuela y los miraba con sus ojos dorados por encima del muro que rodeaba su caserón.

Se sabía de memoria todas las canciones que cantaban en los recreos:

Yo soy la viudita del conde Laurel,

y quiero casarme

y no tengo con quién.

Cantaba muy bajito para no asustar a los niños.

¿Dónde están las llaves, matarile, rile, rile?

¿Dónde están las llaves, matarile, rile, ron?

En el fondo del mar, matarile, rile, rile...

¡Le gustaría tanto poder ir también!

—¡Imposible! —le retumbaba aún en los oídos la prohibición de la señorita Adelaida.

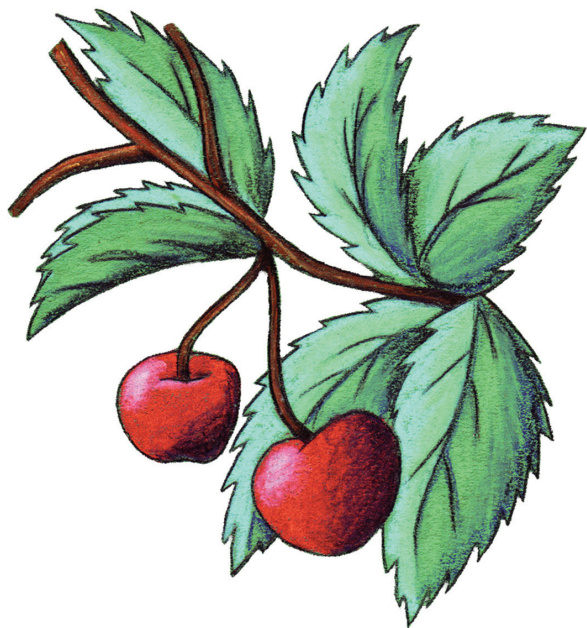
Y el gigante suspiraba mientras seguía los pasos de aquella alegre tropa de niños camino de la escuela.

Después, dibujaba letras y hermosas palabras en el barro del jardín, aunque nadie las veía.

El gigante escuchaba las lecciones de la escuela con toda su atención y, cuando todos los niños se iban, se asomaba a la ventana y repasaba las letras que habían escrito en la pizarra verde. Así había llegado a aprender a escribir.

Pero, claro, no es lo mismo ir a la escuela y recitar la tabla del dos junto con otros niños que repetirla escondido en el jardín y siempre solo. Y aún era más triste cantar a hurtadillas las canciones de los recreos.





En el jardín del gigante se hallaban los cerezos más hermosos, altos, lustrosos y generosos de toda la comarca. Sus frutos eran casi tan grandes como la mano de un niño y tan dulces que dejaban la saliva llena de gotas de azúcar.

Las cerezas más dulces, enormes y deliciosas del mundo.

A Babur le habría gustado compartirlas con los niños del pueblo y, a cambio, le habría bastado con que lo dejaran entonar con ellos los mismos cánticos de los recreos.

¿Quién irá a buscarlas, matarile, rile, rile?

¿Quién irá a buscarlas, matarile, rile, ron?

—Puedes pasar a mi jardín; las cerezas están rojas y gordas...

Babur invitaba a los niños a entrar en su jardín para comer de sus cerezos, pero ellos nunca aceptaban. Todos hablaban mal de los gigantes en el pueblo.

—¡Gigante, gigantón, vete en tu carretón!
—cantaban los niños por pura costumbre, pues jamás habían visto de cerca al gigante.

Tampoco podían decir que alguno de los gigantes hubiera siquiera asustado a uno solo

de ellos, pero así es la fama. Y los gigantes, por alguna extraña razón, tenían muy mala fama en aquel pueblo. Bueno, y en toda la comarca.

Tal vez porque, cuando se marcharon, se llevaron el secreto de las mermeladas y los muchachos nunca, nunca, volvieron a probar confituras como las que preparaban ellos.

—¡Gigante, gigantón, vete en tu carretón!

Cuando llegaba la noche, Babur sentía que se le encogía su enorme y tierno corazón. La soledad, la tristeza y sus ganas de aprender muchas más palabras de las que había asimilado por su cuenta le pesaban como un saco de pedruscos sobre el pecho.

Pero Babur no se rendía fácilmente. Así que lanzaba al aire un suspiro que hacía que se moviesen las hojas de los cerezos del jardín, y se decía a sí mismo:

—Todo cambiará. Todo cambiará muy pronto.

Sin embargo, pasaban los días, y pasaban las semanas, y pasaban las estaciones... Y todo seguía igual.

Una tarde, cuando Babur ya se había convencido de que nunca aprendería todas las palabras y la tristeza le ataba los zapatos para que no saliera en busca de su familia, oyó unos pasos diferentes tras el enorme muro que cercaba su jardín. Isabel caminaba sola por delante del caserón de Babur.

«Es una niña... Y también está sola», pensó Babur mirándola desde la ventana de su cuarto.

La señorita Adelaida la había retenido un buen rato después de las clases para que mejorara su caligrafía, y entonces regresaba a su casa sin la compañía de otros niños.

Caminaba enfadada y hambrienta.



El corazón del gigante latía con tanta fuerza que retumbaba como un tambor en día de fiesta.

Los meses de soledad, la tristeza acumulada y la extraña alegría que lo invadió cuando vio a la niña pasear por delante de su jardín, hicieron que al gigante le entraran unas enormes y repentinas ganas de llorar.

Lloraba de alegría y de pena.

Lloraba todo lo que no había podido llorar.

Lloraba por las palabras que no sabía escribir.

Lloraba por la familia que no había vuelto a ver.

Lloraba tanto, que sus lágrimas podían hacer aumentar peligrosamente el caudal del pequeño río que atravesaba el pueblo.

Por eso, cuando Isabel giró la primera esquina del muro que rodeaba el jardín del gigante, se quedó quieta y prestó atención. Había escuchado algo tras las tapias de aquel lugar con mala fama entre los niños, donde nunca entraban a jugar.

—Parece alguien llorando —se dijo Isabel acercando una oreja al muro.

—Nadie me quiere, nadie juega conmigo, nadie lee mis palabras...